

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



PRECIOS.

En Madrid...	Un mes.....	8 rs.
	Tres.....	23 »
	Seis.....	44 »
En provincias.	Un año.....	82 »
	Un mes.....	10 »
	Tres.....	27 »
Ultramar y extranjero.....	Seis.....	52 »
	Un año.....	100 »
		8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,
AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Galería histórica: *La madre de San Fernando*, por D. Joaquin Tomeo y Benedicto.—*Si yo fuese á España.....*, poesía, por doña Isabel Poggi.—Costumbres de Valencia: *Fiestas de San Vicente Ferrer*, por D. Enrique Domenech.—*Mayo*, soneto, por doña Faustina Saez de Melgar.—*Con sangre el honor se venga*, por D. Julian de Castellanos (conclusion).—*Revista de teatros*, por D. Leandro A. Herrero.—*Modas, correo de señoritas*, por doña Joaquina de Carnicero.—Esplicacion del figurin.—Variedades.
Pliego tercero de *Angela ó El Ramillete de Jazmines*, novela original de doña Faustina Saez de Melgar.

GALERÍA HISTÓRICA.

XII.

LA MADRE DE SAN FERNANDO.

Alfonso VIII, *el de las Navas*, acababa de ser sepultado en el monasterio de las Huelgas de Burgos; su cetro había pasado á las manos del infante D. Enrique, su hijo, que de edad de once años, y bajo la

tutela de su madre doña Leonor, fué jurado rey de Castilla.

El reino, tan engrandecido por el padre, parecia hallarse próximo á ser envuelto en la más negra de las desdichas; tal era la descomposicion politica que se columbró en el horizonte de Castilla al hundirse en la tumba el hijo de Sancho III.

La reina doña Leonor, agobiada por el dolor de la pérdida de su esposo, le sobrevivió solo veintiseis dias, y el rey niño, por disposiciones testamentarias de sus padres y voluntad de los prelados y magnates de Castilla, quedó bajo la regencia de su hermana mayor doña Berenguela.

¡Doña Berenguela! Hé aquí que nos encontramos frente á frente con la mujer fuerte.

Tomó la regente las riendas del gobierno, cuando de la casa de los Laras, de aquella cueva de bandidos aristocráticos, amedrentados antes por el férreo yugo de Alfonso, y alentados ahora por la debilidad de una mujer, salió el más terrible de los bandos, que, guiado por la ambicion, se presentó con arrogancia ante Berenguela, y so color del bien público, arrancó de las manos de esta señora las

riendas del gobierno, proclamándose regente D. Álvaro de Lara.

Las demasías del orgulloso caudillo, sus atentados contra la libertad y bienes seculares, sus golpes á las inmunidades eclesiásticas, su ambición desmedida, sembraron por doquier el descontento; la guerra civil asomó amenazadora cuando la desgraciada muerte de Enrique I en Palencia, causada por un golpe de piedra al hallarse el rey niño entregado á sus juegos infantiles, puso fin á la tiranía de Lara, y conjuró algun tanto la tempestad.

Reconocidos entonces los derechos de doña Berenguela al trono de Castilla, fué proclamada reina, abdicando esta á los pocos días la corona en favor de su hijo D. Fernando, que acababa de cumplir diez y ocho años.

Bien merecía ser rey de Castilla el jóven soberano que asaltaba el castillo de Muñon mientras su madre acompañaba al monasterio de las Huelgas el cadáver de su infortunado hermano D. Enrique.

Los Laras, siempre rebeldes y ambiciosos, no podían sufrir con quietud su adversa suerte, y obedeciendo á los ímpetus de su soberbia, tremolaron sus estandartes, lanzándose desde sus altos castillos, y talando tierras y lugares. Con espanto contempló doña Berenguela aquella hueste de rebeldes que avanzaba hácia su hijo, y entonces es cuando, dando rienda suelta á sus instintos de madre y á su grandeza de reina, se destaca de la historia como la figura más principal y conmovedora de la época. Con el valor de fuerte capitán levanta tropas, y para mantenerlas vende sus alhajas y vestidos, sirviendo siempre de escudo á su hijo; arenga á los caudillos, les inspira confianza, y á la cabeza de las huestes se lanza en busca de los enemigos del trono. ¡De cuántas proezas no es heroína! En la leal villa de Madrid, su presencia sola anima á los valientes monges de San Martín y á los concejos; á su voz rechazan estos la acometida de los rebeldes que, queriendo sorprender el alcázar, intentan abrirse paso por el Postigo de San Martín, donde hallan la derrota más vergonzosa; doña Berenguela anima á los combatientes en Herrera, y el traidor D. Álvaro de Lara es fieramente acuchillado por los hermanos Tellez, y conducido prisionero ante la heroica mujer que le perdona la vida, y se contenta con llevarle á Valladolid, donde le da libertad mediante la entrega á la corona de todas las ciudades y fortalezas que los rebeldes habían arrebatado.

Ahora es cuando la mayor parte de las desdichas se desploma sobre la pobre madre; su esposo Alfonso IX de Leon, el padre de aquel jóven rey tan contrariado, el desnaturalizado monarca ya no se contenta con mirar impávido é indiferente los atropellos y guerras que envuelven á su esposa é hijo, sino que para más infamia, seducido por los turbulentos Laras, halagado por la idea de destronar á su propio hijo, ahogando los más sagrados instintos y deberes sale al campo al frente de su ejército. D. Fernando corre á encontrarle, y mientras doña Berenguela eleva sus preces al cielo para que no permita una lucha tan criminal y sacrilega, los prelados y caballeros castellanos, horrorizados tambien por el suceso, consiguen que entre el padre y el hijo se pacte una tregua, tornando despues cada uno á sus dominios. Frustrado con esta paz el ambicioso proyecto de D. Álvaro de Lara, sin esperanza de poder sostener sus rebeliones, humillado y abatido le sorprendió la muerte, no sin que su orgullo le acompañase hasta en los últimos momentos, pues al sentir llegada su última hora, dicen que, sereno y altivo, vistióse el manto de caballero de Santiago, ataviándose para morir cual si se tratara de una fiesta; sin embargo, murió tan pobremente, que no dejó para pagar ni aun los gastos del entierro, los cuales con caridad cristiana suplió doña Berenguela, enviando tambien una riquísima pieza de brocado de oro para amortajar el cadáver de su antiguo enemigo; con la muerte de D. Álvaro, sus principales deudos y parientes apelaron al recurso tan usado en aquellos tiempos, y se refugiaron en África, entrando allí al servicio del Emperador de los almohades.

Doña Berenguela, continua protectora de su hijo, concierta el matrimonio de este con la hermosa Beatriz, hija de Felipe de Suavia; y más tarde, cuando como reminiscencias del terrible volcan encendido por los Laras, y que tantos estragos habia causado, surgieron aquellas momentáneas alteraciones fraguadas por el señor de los Cameros y el de Molina, el talento de doña Berenguela conjuró el mal antes de ser grave, y fascinados por la reina madre, los turbulentos magnates depusieron sus rencores á las plantas del rey D. Fernando, comenzando para este la verdadera paz y prosperidad.

Alfonso IX, el cruel esposo de Berenguela, espiró en Villanueva de Sarria, llevando más allá de su tumba el rencor hácia su hijo Fernando. Olvidándose que el rey de Castilla, hijo suyo y de doña Beren-

guela, había sido ya jurado por él heredero del trono, reconocido como tal por el reino, y hasta sancionado por el Papa Honorio III; olvidando, decimos, todo esto, dejó en su testamento herederas de su corona á sus dos hijas doña Sancha y doña Dulce, habidas en su primer matrimonio con doña Teresa de Portugal, sin tener en cuenta el ingrato padre que la sangre de D. Fernando era la suya; doña Berenguela con su maternal solicitud supo contrariar tan negra injusticia. El joven rey de Castilla, siempre victorioso, se hallaba talando las campiñas de Jaen, cuando recibió mensajes de su madre instándole á que dejase á los musulmanes y corriese á tomar posesion del reino que por sucesion le pertenecia; recogió D. Fernando sus tropas, dirigióse apresuradamente hácia las fronteras cristianas, y en Orgaz encontróse ya con la gran Berenguela que habia salido á recibirle. Juntos encamináronse á Leon; Toro, Mayorga, Mansilla y otros puntos les rindieron vasallaje á su paso, y auxiliados por las dignidades eclesiásticas y la infanzonía, entraron en la ciudad de Leon sin verter una gota de sangre. Doña Berenguela, con su sagacidad, celebró con las princesas doña Sancha y doña Dulce el pacto de ser estas pensionadas con 15.000 doblas de oro cada una, teniendo, merced á la prudencia de la reina madre, tan feliz remate un suceso que hubiera podido traer consecuencias bien fatales.

Doña Berenguela, desde su palacio de Toledo, habia sido siempre la estrella de D. Fernando; ella proveia desde allí todas las necesidades del ejército escitaba á los vasallos á prestar su ayuda al monarca, y ella escuchó con febril alegría aquel victorioso grito lanzado por los cristianos en los campos de la Bética, cuando Córdoba, la gentil ciudad de los encantos, el eden de los Abderramanes y Almanzores, se desceñia el turbante musulman y lo arrojaba á las plantas de aquel Fernando que habia de ocupar un lugar en el cielo.

Después de tantas victorias, agobiada doña Berenguela por el peso de los años, quiso no morir sin ver á su hijo; hízoselo saber, partió Fernando de Andalucía al encuentro de su madre, y en Ciudad-Real halló á esta venerable señora, á quien debia no solo la vida, sino su cetro de rey, sus glorias de soldado, y, lo que es más, tal vez la aureola de Santo que le aguardaba. Aquella cariñosa entrevista fué la última; madre é hijo se separaron para no volverse á ver: la primera tornóse á Toledo, y el rey volvió á continuar

sus conquistas de Andalucía; triunfos que hubieran sembrado de alegría su camino, si en medio de ellos no hubiese recibido la triste nueva de que doña Berenguela, el blason de Castilla, el honor de la discrecion y la prudencia, acababa de fallecer en Toledo á 8 de noviembre de 1246.

Así finó esta heróica princesa, este sol radiante que con su lumbre disipó las nieblas que amenazaban envolver el sólio de Castilla, bordando ante él aquella primorosa alfombra de glorias; así finó el baluarte de San Fernando, la que grande en todo habia de ordenar en su testamento que al enterrarla en las Huelgas de Búrgos fuese *en sepultura llana y humilde*.

JOAQUIN TOMEY Y BENEDICTO.

¡SI YO FUESE Á ESPAÑA!.....

TRIBUTO DE AFECTO Á LA DISTINGUIDA POETISA
SEÑORA DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

¡Bienhadado el vivir, si la cantora
Un día el suelo delicioso habita,
Donde el pensar en maravillas dora
La lumbre de altas glorias infinita!

Tú, la que leyes por doquier dictaste,
Matrona de un tirano apeteida,
Que de entre ruinas, grande te elevaste
Al creerte en cenizas convertida;

Tú, que del sol al refulgente rayo
Ver hiciste al ejército agareno
El valor invencible de Pelayo,
El amor pátrio de Guzman el Bueno;

Tú, que al mirar de tu sublime historia
El astro, que brillaba sin segundo:
Poca creyendo tu encumbrada gloria
Prendiste á tu corona un nuevo mundo;

Tú, cuyo brazo se elevó potente
De patria y libertad al grito santo,
Huir haciendo la extranjera gente,
Que ansió de tu grandeza el régio manto;

Tú, á cuyo impulso soberano y fuerte
El mundo tiembla y con temor se humilla,
Viendo pararse tímida la muerte
Ante el Leon invicto de Castilla;

Tú, que de heróicos hechos el tesoro
Guardas, matrona de belleza estraña;

Si yo tu nombre luminoso adoro,
Tu aliento dame que respire, ¡oh España!

—
¡Ah! bienhadada tú, dulce cantora,
Que en ese suelo delicioso habitas,
Edén risueño que esplendente dora
El sol de escelsas glorias infinitas.

Tú miras de la aurora al tibio rayo
Cuál en mares de gloria se rielan
Las tumbas de los mártires de *Mayo*,
Que allí los siglos con respeto velan.

O vagando en los campos deliciosos,
Que flores mil con su color esmaltan,
Oyes del ave cantos armoniosos,
Y ves arroyos que entre peñas saltan.

Y ves de España el sol, noches y auroras,
Y el claro azul del trasparente cielo:
Las nítidas estrellas brilladoras,
Bordando hermosas el zafireo velo.

Yo aquí, del Teide en la risueña falda,
Dejo volar el pensamiento mio
A esas bellas campiñas de esmeralda
Cubiertas de perfumes y rocío.

Y en mi sueño de amor mirarte creo,
Cual astro esplendoroso entre celajes;
Mas despierto, cantora, ¡y solo veo
Del Atlántico mar los oleajes!

Surcando alegre las revueltas olas,
¿No llegaré de España á las praderas
A contemplar las cándidas corolas
De sus lozanas flores hechiceras?

¿No vagaré en sus bosques de verdura
Mirando el ave, que su nido aliña,
Y oyendo sus cantares de fernura
Regocijar mi corazón de niña?

¿No aspiraré su embalsamada brisa,
Al rozar juguetona mis cabellos?
¿No halagarán mi plácida sonrisa
De su sol los purísimos destellos?

¿No escucharé, cuando risueña el alba
Saluda al mundo entre rosadas nubes,
De la natura la sublime salva,
Que al Hacedor elevan los querúbes?

¿No estrecharé amorosa entre mis brazos
Séres que adoro, y con ferviente anhelo
De ese amor celestial en dulces lazos
No mi canto alzaré, que suba al cielo?

—
¡Ah! ¡bienhadada tú, dulce cantora,

Que en ese suelo delicioso habitas,
En esa España, que mi alma adora,
Cuna de escelsas glorias infinitas!

ISABEL POGGI.

COSTUMBRES DE VALENCIA.

FIESTAS DE SAN VICENTE FERRER.

I.

Cada país, nacion ó pueblo tienen una costumbre peculiar que la distingue de los demás, imprimiendo en cada uno de ellos un sello de originalidad, que viene á formar lo que se llama *tipo*, cuando se refiere á un individuo aisladamente.

En Madrid, por ejemplo, ¿quién no habrá contemplado la alegría y expansion que produce en muchos ánimos la original y concurrida romería de San Isidro? Y, sin embargo, romerías con tal ó cuál motivo las hay en todas partes, en todos los pueblos, en todas las naciones..... Pero la de San Isidro tiene un tinte original, una forma y espresion peculiar, que caracteriza enérgicamente las costumbres de Madrid.

Pues bien: Valencia, esa ciudad querida y admirada por cuantos la visitan, de la que cada uno cuando está fuera de ella y no la conoce se permite una calificación más ó menos dura respecto á sus habitantes, calificación que generalmente no se ve luego confirmada al estar entre aquellos á quienes criticaba sin conocerles, tiene tambien sus costumbres especiales que la distinguen de todas las demás ciudades, siquiera sea más ó menos dignamente, lo cual no entraremos á calificar.

No sabemos ciertamente la aceptación que tendria en Valencia el proyecto de la reduccion de fiestas si llegara á convertirse en ley. En Valencia, para tener un día de fiesta, no se necesita que el Calendario lo ordene. Si la costumbre lo ha enseñado, si la tradicion lo indica, si las circunstancias lo ordenan, la fiesta se observa, y el júbilo se ve esparcido en todos los semblantes, poniendo una fuerza interior en movimiento á los individuos con direccion al punto en donde se celebre la funcion del tutelar de la fiesta.

Y no se crea que por esto, que se repite á la verdad con demasiada frecuencia, el trabajo se descuida, las obligaciones se desatienden, y el deber no se

cumple; nada de eso. El valenciano, divertido, alegre, bullicioso siempre, trabaja con ardor, con afán, con aplicacion, y las fiestas extraordinarias las subana en sus trabajos con horas tambien extraordinarias que no les perjudica en sus intereses ni les priva de su diversion.

Así se comprende cómo se suceden unas fiestas á otras, unas diversiones á otras diversiones, y en todas se despliega un lujo inusitado, cuando muchas de ellas, las populares que son las más, se costean á prorateo entre todos los vecinos.

Pero, sin embargo, entre todas ellas, y en las cuales hay algunas notables y curiosas, ninguna hay que llame tanto la atencion del forastero, ni enloquezca más al valenciano que las *fiestas de San Vicente Ferrer*.

No sé quién dijo que si querían separar á dos que riñeran, ó aplazar una cuestion en un matrimonio, ó hacer que en la guerra un batallon de valencianos se creyeran héroes, y diezmaran á un ejército entero, no habia mas que tocar junto á ellos el árabe *tamboril y dulzaina*, y se conocerian los efectos: tal fascinacion ocasiona en el ánimo valenciano el sonido de aquellos instrumentos que se conservan aún en uso en nuestras fronteras africanas.

Con decir, pues, que uno de los elementos de las fiestas que vamos á reseñar es la *dulzaina*, se comprenderá la animacion y bullicioso atractivo de estas.

II.

En el año 1357 de la era cristiana nació en Valencia, en una casa de la calle del Mar, la cual es hoy capilla, un niño que se llamó Vicente, y fué luego el orgullo de la Iglesia, del foro y de la historia, y es hoy el objeto esclusivo del entusiasmo de los valencianos.

Era de ingenio vivo y penetrante y de memoria feliz. A los doce años comenzó la filosofía; dos años despues la sagrada teología, y á los diez y siete acabó sus estudios, siendo un modelo de talento y sabiduria.

Á esta edad entró de novicio en el convento de Predicadores de la órden de Santo Domingo, que existia entonces en la ciudad, y en cuyo local hay hoy una capilla dedicada al culto de aquel fiel observante del fundador.

Allí, como en todas partes, se distinguió por su sabiduria y su celo evangélico, y á los veinticuatro

años le nombraron para lector de filosofía, encargo que desempeñó con tal celo, aplicacion, fervor y talento, que todos deseaban oírle, y muchísimos escolares le tomaron por su maestro, afiliándose desde luego como discípulos. En vista del raro talento de aquel hombre singular, le enviaron á Barcelona, y de allí á Lérida, en donde recibió el grado de doctor, y á su regreso á Valencia le obligaron á esplicar la Sagrada Escritura, y despues á predicar, desde cuyo tiempo principió la celebridad de aquel virtuoso sabio, que tenia el don de hacer llegar sus palabras á los corazones más empedernidos.

Por aquel tiempo, en el año 1394, con ocasion del cisma que se promovió en la Iglesia á consecuencia de la muerte del Papa Clemente VII, en que se nombró en Aviñon por Papa al cardenal D. Pedro de Luna, que fué quien confirió á Fr. Vicente el grado de doctor, y el que tomó el nombre de Benedicto XIII, mientras que la santa Silla de Roma la usurpaba Bonifacio IX, sucesor de Urbano VI, fué llamado Fr. Vicente por el nuevo Papa Benedicto XIII, reconocido á la sazón como tal por España y Francia, y nombrándole su confesor. Vicente le reconoció como verdadero Vicario de Jesucristo, cuyo parecer espuso en un Concilio que procuró reunir en Constancia (1).

Poco despues, y renunciando á la mitra de Valencia y al capelo de cardenal que le ofrecia Benedicto, partió con potestad de legado apostólico para predicar en todas partes, lo cual hizo que, recorriendo inmensos países, mudase el semblante de toda Europa, principiando el año 1397, y haciendo innumerables conversiones en Cataluña, Valencia, Murcia, Granada, Andalucía, Leon, Castilla, Asturias y Aragon (2); despues en Francia, el Langüedoc, la Provenza y el Delfinado correspondieron maravillosamente á sus apostólicos trabajos, notándose una reforma general de costumbres, que se observó igualmente en Italia, en toda la ribera de Génova, el Piamonte, la Lombardia y la Saboya, penetrando luego en Alemania, y obteniendo en todas partes igual aceptacion, y adquiriendo con su virtud, su celo, su elocuencia y su sabiduria el nombre de *Apóstol de Europa*.

(Se continuará.)

ENRIQUE DOMENECH.

(1) Croiset.

(2) Centeno.

M A Y O .

SONETO.

Sereno, hermoso, rutilante el cielo,
Luce un azul de límpida hermosura,
Que demuestra la esfera grande y pura,
Que esconde su radioso y rico velo.

Amor presta á las almas y consuelo
La sublime sonrisa de natura,
Desplegando doquier su galanura
Al tapizar de flores nuestro suelo.

¡Todo es verdor! en la campestre alfombra,
Del fresco valle, grato y silencioso,
El cansado viajero encuentra sombra,
Y entre las flores bienhechor reposo.

Y el Sol envía su fecundo rayo,
Entre la auras del florido Mayo.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

1855.

CON SANGRE EL HONOR SE VENGA.

TRADICION DEL SIGLO XI.

(Conclusion.)

Aquella misma noche, María, deshonrada y loca por la intensidad de su desgracia, fué espulsada del castillo.

Largo tiempo vagó por los bosques, por los prados y por los oteros, lanzando agudos gritos y secas y ruidosas carcajadas, hasta que estenuada de hambre y de cansancio cayó sin sentido junto al mismo grupo de sauces, donde, para su desgracia, la vió por vez primera su cobarde raptor.

Descubierta allí por los pastores, fué conducida á su cabaña, donde espiró, como ya sabemos, sin reconocer á su hermano.

IV.

Enterado Juan de la historia de sus desgracias, un sentimiento no más se alzó en su corazón, un deseo solo se apoderó de su alma, una idea fija hirvió en su mente calenturienta; buscar á D. Gonzalo y lavar con su sangre la afrenta recibida.

Pero, ¿cómo conseguirlo? el raptor, el asesino, era hijo de su señor feudal; se encontraba cercado de soldados, habitando en un castillo fuertísimo y nadando en las riquezas.

En tanto, él era un miserable labriego, y se en-

contraba en el mundo solo, con su ofensa y su miseria.

Es verdad que aquel hombre habia deshonrado á su hermana, habia asesinado á su padre y reducido á cenizas su cabaña; pero tambien era cierto que la vida, la hacienda de un vasallo, eran de su señor, y el capricho de este debia ser su única ley, su único guia.

El feudalismo pesaba como una maldicion eterna sobre todo el que no nacia á la sombra de un escudo de nobleza.

Así lo conocia Juan; pero, á pesar de todos estos pensamientos que se alzaban como otros tantos muros para contenerle, un sentimiento más elevado, un poder más formidable se agitaba dentro de su alma, arrastrándole á vengar su ofensa.

Era su dignidad de hombre, la voz de su honor, de su honra mancillada.

Así que, desatentado, loco, impulsado por una fuerza misteriosa, por un agente irresistible, un día se dirigió á la morada de D. Rodrigo, pasó el puente levadizo, y atravesando galerías y espaciosos aposentos, vióse por fin ante su señor feudal, ante aquel mismo hombre á quien su arrojo y su acero arrancaron poco tiempo antes del borde de la tumba.

D. Rodrigo y su hijo hallábanse sentados en dos anchurosos sillones de roble.

Al pisar la estancia y ver en ella al autor de todas sus desventuras, un relámpago de cólera brilló en los ojos de Juan, su corazón latió como si quisiera salirse del pecho, y su mano crispada, trémula, acarició, bajo el sayo oscuro, el pomo de una ancha y cortante daga que llevaba oculta.

Pero, á pesar de esto, tuvo suficiente fuerza de voluntad para contenerse.

D. Rodrigo le habia reconocido, y el hijo de Andrés, al notar la espresion agradable que se dibujó en la faz del feudal, sintió que un rayo de esperanza iluminaba su corazón cercado de tinieblas.

—Mi señor recuerda que le he salvado la vida, dijo para sí Juan, él, pagándome favor con favor, me reparará mi honra.

Absurda creencia, pueril pensamiento, que llegó á acariciar por un instante, y que vió desvanecerse con la velocidad que se desvanece la huella que deja en el río el ala del ave que cruza ligera rozando las cristalinas ondas.

—¿Qué traes por aquí, Juan? le preguntó D. Rodrigo con acento afable. ¿Qué te ocurre? Habla.

—Señor, vengo á pedir justicia contra el asesino de mi padre y el seductor de mi hermana.

—¿Qué dices! exclamó lleno de asombro, ¿que han asesinado á tu padre y deshonrado á tu hermana?

—Sí, señor.

—¿Y quién se ha atrevido á poner la mano sobre mis buenos vasallos?

El nombre, el nombre del autor de tamaño desafuero: pronuncia pronto ese nombre, Juan, y por el cielo y nuestro patron Santiago, te juro que no quedará sin castigo. ¿Quién es; dílo? replicó D. Rodrigo con el semblante rojo de cólera.

—Ahí le teneis, señor, respondió el labriego con una calma imperturbable, señalando con la mano derecha á D. Gonzalo.

—¿Mi hijo....? es imposible.

—Este hombre miente como villano que es, respondió D. Gonzalo, alzándose de su asiento.

—Yo no he asesinado á su padre; he mandado que se le ahorque, porque su padre habia cometido una enorme falta. Me habia robado la limosnera llena de escudos de oro una de las tardes que salí de caza, y el crimen le ha sido probado cogiéndole sobre su cuerpo la prenda del delito.

—Mentís, D. Gonzalo, mi padre no os arrancó la limosnera, os la dejásteis en su cabaña cuando, ayudado de los vuestros, le robásteis su único tesoro, su jóven é inocente hija. Mi padre no ha sido ladron de vuestro oro, vos sois quien ha sido ladron de su honra.

—¡Miserable! replicó entonces el seductor, desnudando su acero y arrojándose ciego de cólera á hendir la cabeza de Juan; pero este evita el golpe, y, rápido como una centella, desenvaina la daga que lleva oculta y la hunde hasta el pomo en el pecho de don Gonzalo, que cae lanzando un ¡ay! de muerte á los piés de su padre.

Este accidente ocurrió en menos tiempo que se tarda en referirlo, por lo que á D. Rodrigo no le fué dado evitar la desgracia de su hijo.

¡Estoy vengado! exclamó el labriego con una alegría salvaje, arrojándose fuera de la estancia, al ver que el de Guzman, repuesto de la sorpresa, arrancaba el acero de la mano crispada de su hijo con el objeto de acometerle.

La noche empezaba á cerrar: Juan, ciego, loco, con la daga desnuda, corria por las oscuras galerías del castillo sin poder acertar con la salida, perseguido de cerca por una inmensa turba de escuderos y

hombres de armas que acudían á las voces de su señor.

Por último, sale á la plaza de armas, corre hacia el puente levadizo, pero este se encontraba alzado, y la fuga era imposible.

Entonces toma hacia la derecha por una pequeña y retorcida escalerilla, y se ve en los terraplenes de las murallas que cercan á la redonda la fortaleza.

Sus perseguidores aparecen casi al mismo tiempo divididos en dos grupos que le cierran por ambos lados la huida.

Salvarse ya es imposible; pero Juan, desesperado y resuelto á todo, antes que á entregarse en manos de aquellos hombres que le hubieran dado muerte entre horribles tormentos, invoca la proteccion de la Virgen, y se arroja al campo desde lo alto del muro.

Sus perseguidores lanzan un grito de sorpresa, él exhala casi al mismo tiempo otro de alegría, pues en vez de encontrar una muerte segura estrellándose contra las rocas, habia caído en el ancho y profundo foso que cerca el castillo, el cual se hallaba á la sazón lleno de agua.

Sus perseguidores le creyeron muerto, pero la Providencia le habia salvado.

V.

La mucha elevacion del muro hizo tan violenta la caída de Juan, que, causándole una contusion en la pierna derecha, le impidió emprender en aquel mismo día la marcha, y dejar para siempre aquellos sitios donde se mecía su cuna, y donde su adverso destino le hizo apurar tantos dolores.

Decidido á poner en práctica este proyecto tan pronto como le fuera posible, ocultóse en los bosques cercanos, pero pocos dias despues la casualidad le hizo escuchar, oculto en una espesa jara, la conversacion de dos campesinos, y por ella supo que D. Gonzalo no habia dejado de existir, y que la herida causada por su puñal, si bien habia sido profunda, no le ocasionaria la muerte.

Esta noticia varió por completo sus planes de marcha.

—No ha muerto, dijo para sí; pues bien, yo le mataré, aunque tenga para ello que esponer cien veces la vida.

El asesino de mi padre y el ladron de mi honra no vivirá tranquilo mientras yo aliente; lo juro por

la salvacion de esos dos seres queridos que me piden venganza.

Y Juan, decidido á cumplir su promesa, se hizo con una venablero y una ballesta, y empezó desde aquel dia á rondar con la mayor cautela las cercanías del castillo, resuelto á hundir á la primera ocasion un venablo en el pecho de su enemigo.

VI.

Un mes hacia que Juan espiaba la frontera en que moraba D. Gonzalo, cuando una tarde fué descubierto por unos cuantos jinetes que de orden del de Guzman habian salido en busca de una partida de soldados leoneses que, procedentes de los tercios vencidos de D. Alfonso, vagaban al acaso por aquellas inmediaciones.

Verle y ponerse en su seguimiento, fué una cosa misma, y aunque huía como persona conocedora del terreno, sus perseguidores eran tan diestros y tan prácticos como él, por lo cual no les fué difícil cercarle.

Juan, viéndose acosado, lleno de despecho por no poder terminar su venganza, encaró la ballesta contra el más próximo, dispara, y el jinete rueda del caballo partido el pecho por su venablo.

Entonces todos dirigen sus lanzas contra el matador, que hubiera caído sin vida si el que mandaba aquella gente no gritara con voz de trueno:

—Deteneos, no hay que tocar á un pelo de su ropa: nuestro señor tiene cuenta pendiente con él, y no debemos privarle de su gusto por vengar algunas horas antes la muerte de nuestro compañero.

—Atadle bien, que yo os juro que no espirará el dia sin que goceis del espectáculo de ver cómo hace volatines en la horca este diestro tirador.

Aquella orden fué cumplida por uno de los jinetes, el cual, despues de atar con una cuerda á Juan las manos, le aplicó dos golpes tremendos en la espalda con el cuento de su pica para que echase delante.

En esta disposicion se pusieron en marcha hácia el castillo: el hijo de Andrés sentia latir su corazon con tanta violencia á impulsos de la cólera que le ahogaba, por verse atado delante de los caballos y recibiendo los insultos y los golpes de aquellos hombres que gozaban en hacerle sufrir, que más de una vez creyó que se le salía del pecho.

Juan veía cerca la muerte, pero una muerte horrible, y sin haber podido terminar su venganza.

Él habia arriesgado cien veces la vida en los campos de batalla: habia visto cernersesobre su cabeza el génio de la Guerra, sembrando á su alrededor el estrago y el esterminio; habia caído espirante, roto el pecho por una lanza árabe, y no habia sentido miedo, no se habia contraído siquiera uno de sus músculos al aspecto aterrador de la muerte.

Pero la idea de verse en poder del asesino de su padre, y de morir á su vista despedazado y entre agudos y terribles tormentos, le ponía fuera de sí, le desesperaba.

Sumido en estas reflexiones, seguía avanzando maquinalmente.

Ya habian casi repasado el bosque, pero al ir á penetrar en un espacioso y ameno valle, los jinetes que conducían á Juan se vieron acometidos de improviso por la partida de soldados leoneses en cuya persecucion salieron.

Los acometedores habian distinguido á los castellanos, y, emboscándose, caían sobre ellos de sorpresa con tanto acierto, con tal rapidez, que antes que pudieran defenderse, algunos mordieron la arena derribados por sus lanzas.

Entonces hubo una confusion espantosa; los sorprendidos se arremolinan y retroceden, hasta que poco despues, repuestos, cargan sobre la gente de Leon.

Juan aprovecha la oportunidad, y dirigiéndose á uno de los acometedores le suplica le ponga en actitud de ayudarlos.

El leonés corta con su daga las cuerdas que sujetan las manos del labriego, y este, recobrando su ballesta, colócase á un lado, y cada uno de los disparos que hace pone fuera de combate á un servidor de D. Rodrigo.

La lucha termina por la fuga de los castellanos, que fian su salvacion á la velocidad de sus caballos.

Entonces Juan se entera de que sus salvadores huyendo del furor de la gente de Castilla, despues de la derrota de Golpejas, andaban vagando por aquellos alrededores á causa de no conocer el terreno, para tomar un camino desusado y seguro que les condujese á Leon sin esponerles á un encuentro con la hueste de D. Sancho.

En vista de esto, y en prueba de agradecimiento por el favor que le dispensaron, ofrecióse á servirles de guia, y tomando el caballo de uno de los muertos partió con sus libertadores de aquellos sitios, donde sin gran peligro nó le era ya posible continuar.

VII.

La tarde del segundo día de marcha tocaba á su término, y la luz incierta del crepúsculo alumbraba con su tímido y melancólico fulgor la tierra.

Las sombras de la noche empezaban á levantarse, y una inmensa faja de lila y carmin hacia conocer el sitio por donde desapareciera tras los montes lejanos el astro esplendoroso que alumbra el día.

Caminaba, pues, aquel pequeño escuadrón conducido por Juan, cuando de repente llegó á sus oídos el roncó acento de varias tropas de guerra, y con espantados ojos distinguieron una fuerte banda de jinetes que, formando un ancho semicírculo, se dirigían hacia ellos.

Era una algarada de moros fronterizos, que, aprovechándose de la confusión en que yacía envuelto el reino á causa de las guerras, había roto saqueando villas, y haciendo cautivos á sus habitantes.

Conocerlos y partir en precipitada fuga, fué todo una misma cosa; pero los árabes tenían muy bien dispuesto su plan, y muy pronto la gente de Leon vióse encerrada en un ancho semicírculo de jinetes, que por momentos se reducía y esperaba.

Entonces, el que dirigía aquel pequeño escuadrón de cristianos animó á sus compañeros, y cargando con la velocidad del relámpago compactos y unidos sobre sus acometedores rompen sus filas y se abren paso á lanzadas, no sin quedar algunos en el campo.

Entre estos figuraba Juan, que, desprovisto de arnés, recibió un golpe de pica en el pecho, que, si bien poco grave, fué lo suficiente para sacarle de los arzones.

Los árabes después de perseguir, aunque inútilmente, á los que huían, empezaron á recoger los despojos.

Uno de ellos se acercó al hijo de Andrés, que sentado junto á una piedra se ocupaba en restañarse la sangre que fluía de su herida, y le dijo:

—Rumí, eres mi esclavo, alza y sígueme.

Juan obedeció aquella orden, y poniéndose en marcha los sarracenos, pasaron la noche en un espeso bosque, no lejano del sitio del encuentro.

Al día siguiente, al despuntar el alba, alzóse de nuevo el campo.

—Arriba, Rumí, exclamó el que se había constituido en señor de Juan, acompañando su orden con un fuerte puntapié en los riñones.

Pero el labriego no se movía; la herida y el can-

sancio del día anterior le habían dado fiebre, y le era imposible caminar.

—No puedo seguirte, fué lo único que contestó al mandato del moro.

—Entonces me desharé de tí, respondió este: ¿para qué quiero yo una carga inútil? Y desnudando el yagatan levantó el brazo con ánimo de herirle.

—¡Detente, no me arranques la vida! que yo te prometo dar por mi rescate más oro que el que pudiera darte un príncipe.

—Yo conozco un castillo en donde habita un noble y poderoso señor, y en cuyo seno se encierran riquezas inmensas.

—Si me tratas ahora bien y con los tuyos me ayudas, yo juro hacerte dueño de cuanto guarda dentro de sí aquella fortaleza.

Los ojos del moro chispearon de codicia al escuchar estas palabras.

—Acepto tu proposición, Rumí; pero ten en cuenta que si no es más que un pretexto para conservar tu vida, yo sabré arrancártela á fuerza de tantos tormentos, que te pesará no haber sucumbido ahora al golpe de mi cimitarra.

El campo se puso entonces en movimiento, el moro saltó sobre su caballo, y tomando á Juan á las ancas, partieron en dirección á Córdoba.

VIII.

Un mes había transcurrido desde los últimos acontecimientos, cuando al caer la tarde una taifa de jinetes moros armados con arneses á la usanza castellana, ocultábase, guiada por Juan, en la espesura inmediata al castillo de D. Rodrigo.

El momento de satisfacer su venganza, la hora de cumplir el juramento hecho á los sangrientos manes de su familia, estaba para sonar.

La noche cerró completamente, y una oscuridad densa envolvía en un sudario de sombras la robusta pero poco guarnecida fortaleza.

Entonces los cordobeses, provistos de escalas, llegaron con el mayor silencio bajo los muros, y antes que los habitantes del castillo se apercibiesen de su presencia, la mayor parte de la gente saltaba dentro de los adarves.

Una escena terrible empezó entonces: los servidores de los Guzmanes, sorprendidos, vagaban por las oscuras galerías y los anchos patios perseguidos y acosados por las cimitarras de los árabes, que se cebaban en ellos con una alegría salvaje.

El ruido del combate, los ayes de los heridos, los gritos de sorpresa y las exclamaciones de los acometedores, junto con el siniestro y rojizo resplandor del incendio, que casi instantáneamente empezó á apoderarse de las habitaciones del castillo, daban á aquel cuadro un aspecto aterrador, diabólico.

Juan, seguido de unos cuantos, se dirigió á la cámara del señor feudal.

La puerta rodó hecha pedazos á los golpes de sus hachas.

Entonces D. Rodrigo y sus hijos, medio desnudos, se dejaron ver armados solo de rodela y espada.

—Señor, le gritó con una alegría salvaje Juan, el villano á quien mandásteis ahorcar y cuyo honor mancilló tan torpemente vuestro hijo, viene á pagáros ofensa con ofensa, agravio con agravio.

Y seguido de la turba que guiaba, se precipitó en la estancia con la saña del tigre.

D. Rodrigo cayó muerto, atravesado de cien heridas, y D. Gonzalo, derribado por el hacha del hijo de Andrés, se revolcaba en el suelo sobre un lago de sangre.

Entonces Juan le arrancó la limosneta, causa de la muerte de su padre, y se la clavó con un puñal en medio del corazón.

Al día siguiente, los aldeanos de las cercanías contemplaron con espantados ojos las ruinas humeantes del castillo, y los cadáveres de D. Rodrigo y de su hijo que pendían de la horca colocada delante de la puerta principal de la fortaleza.

JULIAN CASTELLANOS.

REVISTA DE TEATROS.

ALBUM DE LA VIOLETA.

El Tolson Roto, drama en tres actos.—**De Madrid á Salamanca**, zarzuela en tres actos.—Debut de la señorita Civili.

Continúan en el coliseo del *Príncipe* las representaciones de *El Tolson Roto*, drama en tres actos del Sr. D. Antonio Hurtado, de cuyo mérito hicimos elogio en nuestra revista anterior.

La última obra del Sr. Hurtado es digna de verse, y nosotros aprovechamos esta ocasión oportuna para recomendarla á nuestros lectores. Señálase esta obra por lo bien sentida y meditada que ha sa-

lido de la pluma del autor, por el excelente diseño de los caracteres, por los rasgos de ingenio que abundan en ella, y por sus buenos efectos dramáticos. La fábula se desenvuelve con naturalidad admirable, sin fuerza y sin violencia, sin fatigar al espectador, y sin que decaiga el interés ni la verosimilitud. El colorido ha sido prodigado en toda la obra con sobriedad y templanza, de modo que todos los personajes se mueven dentro de una órbita natural, sin que ninguno pierda su resalte propio, ni desdiga en su carácter saliente. Todos los efectos de luz y todos los momentos dramáticos tienen marcado su lugar conveniente, y se llega á ellos experimentando una fruición deliciosa.

La forma en que se ha vertido toda la obra es rica y deslumbradora: la versificación es armónica, sentenciosa, y enteramente castiza, hasta el punto de confundirse en algunos momentos con la versificación de Lope, cuyo corte especial ha sabido imitar el autor, dando muestras de un discernimiento elevado.

Uno de los lunares más culminantes de esta obra es el desenlace que resulta impropio, falto de razón y de belleza. Hubiera sido al autor muy fácil enmendarle, puesto que esto depende simplemente de una ligerísima modificación. Por lo demás, y aunque la obra pertenece á un género pasado, el teatro español está de enhorabuena, porque ha adquirido en ella una verdadera joya con que de hoy en adelante podrá engalanarse la musa dramática.

Efecto contrario del que nos produjo el conocimiento de la preciosa obra del Sr. Hurtado nos ha producido una zarzuela en tres actos y en verso, estrenada en el teatro del *Circo*, y nominada *De Madrid á Salamanca*. Es esta la antítesis de la anterior, y tanto como la una cautiva y deleita, abruma y cansa la otra.

Proponiéndose el autor de esta zarzuela imitar á nuestro clásico, solo ha conseguido ofrecernos una ridícula parodia, cuyo único mérito consiste en desplegar todo el lujo de una monotonía soporífera.

Un asunto gastado y un plan confuso y embrolladísimo donde no es fácil distinguir la principal acción, y donde no se encuentran jamás los caracteres son las condiciones que más resaltan en esta obrilla mediocre é insipiente. La música no es mucho mejor. El público la ha visto pasar con desden, haciéndolo como siempre justicia.

Lo mismo pudiéramos decir de otra comedia de

mágia estrenada en *Novedades* con el título de *Amor fino y Amor basto*, que pasará muy pronto al panteon del olvido, gracias á sus menguadas condiciones. Otro tanto merecen dos ó tres piezas presentadas por el coliseo de Jovellanos.

Increible parece que haya autores que malgasten su tiempo y sus facultades en escribir obras y más obras, cuya muerte coincide siempre con su nacimiento. Nada más fácil en verdad que meterse á gé-nios bonitamente, sin poseer un átomo de juicio y de talento; pero nada más natural tambien que hallar la expiacion consiguiente, representada por el desprecio que dispensa el público á los que invaden un terreno que no les pertenece. La mayor parte de las obras que vemos en el teatro parecen, mas que otra cosa, hijas de la necesidad; pero ni aun así se puede ni se debe justificar su aparicion, porque en el mundo existen infinitos elementos que pueden ser aprovechados por los menesterosos, siempre que tengan laboriosidad y constancia. Meterse á gé-nios sin poseer las condiciones indispensables, es equivalente á engrosar las filas de la mendicidad literaria, y, lo que es peor aún, á pasarse al campo donde asienta sus reales la corte de los milagros de la literatura.

Se escribe mucho; pero se piensa poco. Pasan las temporadas teatrales, y al fin de ellas, si se suma la cantidad de las obras que se representan, ofrecen un resultado enorme; pero al hacer la resta de la calidad, se halla un guarismo negativo. Hay que conocer de una vez que atravesamos un periodo en que la esterilidad literaria corre parejas con la audacia, en que venimos concediendo nuestra indulgencia á las profanaciones más vergonzosas.

Y esto no se conoce hasta que ofrece la escena de tiempo en tiempo algunas de las producciones debidas á autores de reputacion conocida. Entonces es cuando se sondea con calma el Océano profundo de miserias dramáticas que nos anegan.

La eminente actriz italiana, Sra. Civili, ha empezado á dar representaciones en el coliseo de Variedades. Hasta ahora la hemos visto solo en el drama de Dumas, hijo, nominado *La dama de las camelias*. La ovacion que alcanzó fué tan completa como la del año anterior. En adelante nos ocuparemos con detenimiento de los trabajos de la compañía.

LEANDRO A. HERRERO.

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS

Con los hermosos dias han aparecido los encantadores trajes claros y frescos: los cuerpos blancos resucitan con inusitado lujo como para indemnizarse del tiempo que han estado abandonados. Son bordados y guarnecidos de guipures ó de valenciennes, ya con plieguecitos calados y un guipure estrechísimo, ya con muletillas cuadradas plegadas ó bordadas y con un encañonado alrededor en valencienne. Así se ejecutan tambien las enaguas, sin que por esto se proscriban las de color, que quedan para *negligé*. Tambien se adornan los cuerpos blancos de pliegues con el borde recortado á dientes, festoneado y guarnecido de un guipure.

Las novedades en lencería son verdaderamente espléndidas; hemos visto *deshabillés* de tan adorable coquetería, que no dejaremos de hablar de ellos en otra ocasion; por hoy diremos que generalmente en los bajos de falda se coloca una série de muletillas cuadradas, sean bordadas y guarnecidas de encaje, ó de encaje solo, sobre el volante de fundacion. Estas muletillas se hallan separadas unas de otras por un espacio de su mismo grandor, colocándose una ancha cinta de forma trasparente debajo de ellas y se halla descubierta en el entredos, cuyo adorno es escesivamente bonito. El volante es de muselina, guarnecido de encaje, y muchas veces de encaje solo. La casaca es naturalmente igual.

Este mismo guarnecido se coloca en el bajo de los peinadores Luis XV, cuya boga crece de dia en dia.

Los cuellos permanecen poco más ó menos estacionarios aun cuando se han ejecutado algunos de mayor dimension, cortados en punta con entredos de encaje y encaje alrededor.

Siendo las mangas cada vez más justas, las blancas se hallan positivamente anuladas. Para remediar este inconveniente se ha imaginado la manga con vuelta ricamente bordada ó guarnecida de encaje, volviendo sobre la del traje como la de las Hermanas de S. José. Es lindísima.

Abordemos el capítulo de las pasamanerías, empezando por las franjas á cascabeles, con alguna modificacion. Las más nuevas son en oro, en acero ó en nácar, formada la cabeza por una especie de enrejado, y los cascabeles simulando una lluvia de perlas. Los botones fantasía en conexion con estas

pasamanerías son maravillosos, en acero adamasado, en oro, género zequí, ó bien en nácar artísticamente trabajado. Las formas oblongas ó redondeadas se llevan siempre. Para las que prefieren botones de pasamanería pura, los hay bordados en perlas, terminados por herretes, verdaderas maravillas de elegancia. Mencionemos asimismo los guipures perlados, más ligeros que las pasamanerías, y que obtienen un éxito que hace furor. En un orden más sencillo, los galones cachemir que forman tan preciosos adornos de faldas inferiores, fijándolos con una série de clavos de acero, fantasía en general favorablemente acogida.

A ver si complacemos á nuestras lectoras con los siguientes modelos de trajes.

Uno de tafetan color gamuza con una série de muletillas en el bajo de la falda, de entredos, de encaje negro, y encima, sobre cada muletilla, una fila de mariposas también de encaje, con ligero bordado perlado. Este adorno remonta sobre el lado en el delantero.

Casaca igual, semi-ajustada con entredos sobre todas las costuras y un sembrado por abajo de mariposas. Nada de mangas, sino simplemente un alto encaje colocado cerca de las sisas. Sombrero en paja de arroz cruda bordado de una greca en estrecho encaje negro perlado, un lazo de encaje á largos cabos sobre el fondo, y un pájaro por encima.

El segundo sumamente elegante es de *gros grain* malva; guarnece el bajo de la falda un enrejado en pasamanería perlada de acero de la altura de quince centímetros. La casaca, en tela igual, es hendida por detrás, con un enrejado en el bajo que remonta alrededor de la hendedura. En la parte alta de la casaca lleva una especie de pelerina cuadrada igualmente en pasamanería, estando en armonía las vueltas de las mangas. En fin, tiene cinturón con hebilla también de enrejado en pasamanería perlada. El sombrero destinado á completar este elegante traje es de tul blanco bullonado, con largo velo por detrás, y todo sembrado de una lluvia de acero supe-rada de retorcidos malva.

Digamos algo en conclusion sobre los sombreros.

Los sembrados de pajillas ó de perlas de acero sobre tul negro gozan de gran favor. Con ello se bullona una capota, formando por detrás un velo del mismo modo, reteniéndolo por medio de una galería de acero figurando un peine, y en el interior un *bandeau* de estrellas de acero.

Continúan haciéndose los sombreros sin bavolet, figurado solo por el adorno del fondo.

Los llamados *Imperio* y los *fanchon* han entablado una lucha fratricida, en la cual seríamos felices viendo sucumbir ambas partes. Algunas fanáticas por la novedad adoptan la forma Imperio, contra la que protesta la mayor parte de nuestras elegantes de buen gusto, en vista de ese gigantesco fondo que remonta de un modo indefinido, y eligen para la primavera un *fanchon* en tul, negro ó blanco, con zequíes de oro ó pajillas de acero, y por detrás un largo velo atravesado con un puñal. Hace dos meses era el puñal una escentricidad que se miraba con curiosidad un tanto desdeñosa; hoy, que todas lo llevan, nos sugiere la idea dé que en el trascurso de un mes ó dos, tal vez la forma Imperio á pesar de su fealdad, habrá destronado á las demás.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

TRAJES DE DESPOSADA.

Primera figura. Traje para recepcion despues del casamiento. Vestido de glasé blanco, con una segunda falda de tul recogida en pabellones con ramaje y flores blancas. Al borde de ambas faldas va un ruche de raso colocado en ondulaciones, cogidos los extremos con ramos de flores. Cuerpo escotado con *draperie* de tul bullonado, manga muy corta y otras flotantes de tul. Cinturón Imperio con hebilla, collar y pulseras de brillantes.

Segunda figura. Traje para la ceremonia. Vestido de moiré blanco. Hechura de sotana, manga de codo y otra abierta desde arriba que queda flotante, dos anchas puntillas de guipur descenden desde arriba hasta el borde de la falda en forma de delantal, prolongándose por todo el bajo. En el centro van unas estrellas de cinta de raso y guipur, que aminoran en tamaño segun suben. Collar de perlas. Velo blanco. Corona de flores blancas.

ADVERTENCIA.

Cumpliendo nuestra promesa, y á fin de anticipar á nuestras bellas suscriptoras las modas de primavera, repartimos con este número tres figurines, insertando solamente la esplicacion de uno; el de trajes de desposada. Las esplicaciones de los otros dos irán en los números inmediatos, para que á la encuadernacion del tomo puedan colocarse en su lugar.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redaccion, ENRIQUE DOMENECH.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.
Calle de Preciados, 74, bajo.



LA VIOLETA

Redaccion y Administracion

Concepcion Geronima Nº 13 Pral Derecho
Ayuntamiento de Madrid

